

es la de integrar en la Teología los datos de las ciencias positivas. Se trata de una postura encomiable. Pero lo que no se puede es olvidar que las conclusiones de las ciencias positivas, además de útiles y eficaces, son necesariamente parciales, y pueden ser sometidas a una crítica hecha desde la Revelación divina.

También nos parece excesiva la siguiente afirmación del Autor: debe reconocerse un pluralismo teológico, «generato da una molteplicità inevitabile di letture o compresioni delle stesse fonti sacre...» (p. 93). Si esto fuera así ¿cuál es el papel que desempeñaría el Magisterio de la Iglesia? ¿Qué lugar podríamos dejar a los casi veinte siglos de historia cristiana? ¿En qué consistiría la apostolicidad de la Iglesia? Son muchos los interrogantes que el lector podría plantearse. Por ello pensamos que el profesor Bissoli no ha querido referirse al pluralismo teológico, entendido en sentido estricto. Dicho pluralismo no se deriva de las múltiples lecturas o comprensiones de las fuentes teológicas, según sostienen los teólogos del liberalismo protestante; por el contrario, el pluralismo teológico, correctamente entendido, deriva del diverso modo de formular las verdades del único depósito de la fe, conservando el mismo sentido y el mismo significado (cfr. Const. Pastoral *Gaudium et spes*, n.º 62). Con otras palabras, el pluralismo teológico no deriva de las fuentes teológicas, sino del correcto pluralismo filosófico [Cfr. J. I. ILLANES, *Pluralismo teológico y verdad de la fe*, en «Scripta Theologica» 7 (1975) 619-684]. La teología, para serlo en verdad, únicamente puede apoyarse en el sentido auténtico de las Sagradas Escrituras, que puede conocerse sólo por la Iglesia, única que no puede errar en su interpretación. Para una correcta comprensión de todos estos aspectos, remitimos al lector de estas líneas a la recensión efectuada por el profesor Claudio Basevi en esta misma Revista [cfr. «Scripta Theologica» 10 (1978) 335-343] a la obra de los PP. Alszeghy-Flick.

En fin, diremos para acabar, que el trabajo de Bissoli es una contribución más a los estudios sobre la relación Biblia-Pedagogía. La erudición bibliográfica del Autor es digna de encomio. No así —es nuestro parecer— ocurre con sus planteamientos teológico-exegéticos.

MARCELO MERINO

Pierre MARAVAL (ed.), *Égérie. Journal de voyage (Itinéraire)*, introduction, texte critique, traduction, notes, index et cartes; Manuel C. DÍAZ Y DÍAZ (ed.), *Valerius du Bierzo. Lettre sur la Bse. Égérie*, introduction, texte et traduction, Paris, Eds. du Cerf («Sources Chrétiennes», 296), 1982, 383 pp., 13 x 19.

Recientemente nos hemos ocupado en esta revista de otra edición realizada en España sobre esta misma temática (A. ARCE, *Itinerario de la Virgen Egeria*, Madrid, 1980, recensión en *Scripta Theologica*, 14 [1982], pp. 677-679). También es preciso consignar como antecedente la edición

que realizó Hélène Pétré en 1948 para la colección *Sources Chrétiennes*. Pero igualmente conviene anotar que desde esa fecha han aparecido las ediciones críticas de K. Vretska (1958), O. Prinz (1960) y de Ae. Franceschini - R. Weber (1965), que han servido para mejorar sensiblemente el texto inicial fijado por Gamurrini (1887), amén de una gran cantidad de monografías y artículos que han enriquecido y renovado importantes aspectos de la obra de Egeria.

Pierre Maraval dedica una no muy extensa introducción a la autora del *Itinerarium*, fecha de composición, aspectos lingüísticos del texto y a la parte perdida del manuscrito de Arezzo. A continuación sitúa el texto crítico con la traducción francesa y abundantes notas. Seguidamente Manuel C. Díaz y Díaz nos presenta la *Epístola* de Valerio del Bierzo, precedida de una introducción, con la edición crítica del texto y la traducción francesa. El aparato escriturístico y las notas son de P. Maraval. Se incluyen también en el presente volumen unos índices variados y unos mapas, que ayudan mucho al lector que desee consultar algún dato concreto que le puede interesar.

Pasando ya a una valoración crítica de esta obra nos encontramos con algunas cuestiones en las que hubiéramos deseado encontrar una mayor precisión. Así, cuando Maraval afirma que el tema de la patria de Egeria es una cuestión todavía disputada, pensamos que nuestro A. nos ofrece una salida ecléctica a dicha cuestión, cuando —a nuestro entender— después de los argumentos de Flórez, Férotin, García Villada, Leclercq y Arce la patria hispana de Egeria —concretamente de la *Gallaecia*— nos parece fuera de toda duda razonable.

En cambio, pensamos que el A. se muestra más certero al considerar a Egeria como una dama piadosa, laica, aunque más o menos relacionada con círculos que evolucionarán hacia la vida monástica, pero que «on ne peut encore appeler des religieuses au sens strict» (p. 27). Y cita a continuación un gran número de ilustres damas peregrinas a los Santos Lugares, contemporáneas de nuestra viajera, lo que demuestra la falta de singularidad de este viaje de Egeria.

Por lo que respecta a la lengua utilizada por Egeria nos habría gustado que el A. se hubiese extendido algo más sobre esta temática, dándonos una caracterización más precisa sobre el latín de la *Peregrinatio*, especialmente, en lo que atañe a los aspectos semánticos y al vocabulario, que tipifican su latín vulgar; aunque, como sostiene Milani, en el uso de los modos y de las conjunciones su latín es más conforme con el de los modelos clásicos. De todas formas, conviene decir en descargo del A., que en las abundantes notas al texto se dan importantes aclaraciones lingüísticas y de análisis de vocabulario.

Siguiendo la línea de nuestros *desiderata* habríamos deseado encontrar alguna referencia a los hispanismos que se aprecian en el *Itinerarium*, como, por ejemplo: 1, 1: *montes illi, inter quos ibamus*; 3, 2: *de eo loco, ubi stabamus*; 4, 5: *necesse nos erat*; 31, 1: *subitur cum ymnis*. Consideramos que este asunto puede tener interés de cara a la lingüística hispánica, y, también, de alguna manera, podría confirmar el origen hispánico de Egeria, aunque Maraval, siguiendo a Löfstedt, considere que del latín del *Itinerarium* no se puede deducir la patria de la autora.

Nos parecen muy esclarecedoras y eruditas las referencias a los lugares geográficos frecuentados por Egeria. Sin embargo, cuando el A. habla del emplazamiento de la Iglesia *Ad Pastores* de Belén, echamos en falta la cita, al menos, de las importantes excavaciones de Tzaferis de 1972, que excavó en la gruta, que data de la segunda mitad del siglo IV, descubriendo un hermoso pavimento de mosaico que perteneció a la *Ecclesia Ad Pastores*, que contempló Egeria (cfr. V. TZAFERIS, *The archaeological excavations at Shepherds' Field*, en *Liber Annus*, 25 [1975], pp. 5-52).

En cuanto a la edición de Manuel C. Díaz y Díaz de la *Lettre sur la bienheureuse Égérie* de Valerius del Bierzo podemos decir que merece nuestros plácemes. Esta edición mejora notablemente la anterior de Z. García Villada, reproducida por Arce en la última edición de la *Epístola* de Valerio, especialmente por las variantes que ofrece el ms. O de Salamanca, y que no fueron tenidas en cuenta por los anteriores editores.

Por último, sólo nos resta señalar, que en su conjunto, nos hallamos ante unas buenas ediciones del *Itinerario* de Egeria y de la *Epístola* de Valerio del Bierzo. Y que confiamos en que sean de gran utilidad para mejorar el conocimiento de la vida cristiana del siglo IV y, en general, de la antigüedad tardía.

DOMINGO RAMOS-LISSÓN

José María YANGUAS, *Pneumatología de San Basilio. La divinidad del Espíritu Santo y su consustancialidad con el Padre y el Hijo*, Pamplona, EUNSA («Colección Teológica», 37), 1983, 296 pp., 17 x 26.

La teología del Espíritu Santo ha adquirido en los últimos años, dentro del campo católico, un interesante principio de desarrollo después de amplios períodos de sequedad. Parece recobrase el tiempo perdido. Esta realidad no es casual ni pasajera, sino que debe ser comprendida como fruto de un proceso intelectual —y hasta vital— de madurez cuyas etapas habrán de ser estudiadas en el momento oportuno. Una de ellas, la más cercana, la más característica también para un observador competente, está constituida por los textos doctrinales del Concilio Vaticano II; a ellos han de sumarse, sin embargo, otros importantes datos no fácilmente materializables en palabras escritas que son —lo están siendo— vida vivida, impulso constante, autocomprensión renovada del fin y de la misión de la Iglesia: un chispazo de luz nueva para entender y amar la Palabra de Dios.

Son numerosos los autores que están ofreciéndonos en esta hora sus reflexiones sobre el Espíritu Santo; estudios exegéticos, históricos, dogmáticos a cuyo valor singular se une el añadido de su interés en el diálogo ecuménico. Destacan en este sentido las investigaciones que se realizan en el campo patrístico, entre las que se sitúa la obra que ahora comentamos. La obra de Yanguas es justamente eso: una importante investigación sobre el pensamiento pneumatológico de uno de los más grandes